

Trump no está loco



Tiempo de lectura: 13 min.

[Fernando Mires](#)

Escribió Anne Applebaum en uno de sus más recientes artículos: «Donald Trump no piensa estratégicamente. Tampoco piensa históricamente, geográficamente o siquiera racionalmente. No relaciona las acciones que toma un día con eventos que ocurren semanas después. No piensa en cómo su comportamiento en un lugar cambiará el comportamiento de otras personas en otros».

La de la destacada periodista e historiadora no solo es su opinión. Es una buena síntesis de cómo ven a Trump muchos observadores de la política internacional, sobre todo de la guerra a Irán que, para muchos, parece no tener objetivos y, por eso mismo, ningún final. En campos menos especializados, la frase que circula por doquier es «Trump se ha vuelto loco».

Según Applebaum, Trump no está en sus cabales. Todo lo contrario; es un hombre que desata guerras sin tener ninguna estrategia, que no sabe pensar racionalmente, que es inconsecuente con lo que dice un día y después en otro, que carece de responsabilidad, que actúa por caprichos e impulsos, que miente persistentemente.

Lo siento, pero aquí opino que no todo es así. Es cierto, Trump parece estrambótico, carece de cultura diplomática y no mide el alcance de todo lo que dice. Pero no es un ser irracional. Por el contrario, Trump hasta el momento ha actuado dentro del

marco de una estrategia muy bien diseñada. Se trata nada menos que de la nueva Estrategia de Seguridad Nacional (ESN) dada a conocer por el gobierno de Trump el 2025.

La nueva estrategia del imperio americano

Esa nueva versión de la geopolítica de los EEUU inserta en la ESN implica una ruptura radical con la ESN del 2022, válida en los tiempos de Joe Biden. El objetivo de la ESN-25 es fijar la orientación de la nación en condiciones marcadas por dos imperios –el chino y el ruso– que, según el gobierno de Trump, amenazan la seguridad de la nación y al mismo tiempo ponen en tela de juicio la hegemonía mundial norteamericana.

Teniendo como trasfondo la letra de esa nueva estrategia podemos llegar a la conclusión de que el gobierno de Trump no se aparta en ningún momento del documento en mención. De tal modo, quien quiera criticar la falta de estrategia o la falsa estrategia de Trump, debe criticar en primer lugar a la ESN-25, algo que no han hecho la mayoría de los analistas internacionales.

Tratemos de resumir las principales diferencias entre la de Biden (2022) y la dictada en tiempos de Trump (2025). En términos generales es posible afirmar que el documento del 2022 mantenía continuidad con la política internacional asumida por los EEUU desde 1945, basada en un orden dividido en dos potencias, la URSS y los EEUU y que, desde las Conferencias de Yalta y Postdam se extiende a lo largo de todo el periodo de la llamada Guerra Fría.

El derrumbe de la URSS y del comunismo europeo creó, sin embargo, un nuevo escenario donde el lugar de la URSS fue ocupado por la China post-maoísta, sin que los actores internacionales intentaran modificar la estructura internacional basada en las reglas de la Guerra Fría. Es por esa razón que la ESN de 2022 aparecía ante los ojos de algunos estrategas norteamericanos como un anacronismo.

El propósito de la ESN-2025, en cambio, es actualizar la estrategia internacional generando una adecuada a un mundo sin reglas, como es el que hoy impera. Ese cambio de orden deberá ser realizado a través de enfrentamientos indirectos entre China y los EEUU, cada uno con sus respectivos aliados y, por lo mismo, será un periodo donde evidentemente habrá negociaciones, pero también conflagraciones entre ambas potencias mundiales.

A primera vista la nueva rivalidad mundial será, al igual que la que prevalecía, la de un mundo bipolar, donde permanentemente se enfrentan China y los EEUU. Pero en otras ocasiones asumirá la forma de un enfrentamiento tripolar, vale decir, EEUU y sus ocasionales aliados, frente a «la alianza eterna» contraída por China y Rusia el año 2024 en Beijing.

Eso quiere decir que mientras el mundo concebido por la administración Biden suponía una actitud predominantemente defensiva (defender a un mundo basado en reglas que ya nadie respetaba) la administración Trump pasa a la ofensiva sin respetar las normas liberales que intentaba imponer EEUU en el pasado reciente. Las reglas internacionales, al fin y al cabo, ya habían sido rotas por EEUU y Rusia.

El primero con las guerras de Bush Jr. en Irak y en Afganistán. El segundo con sus invasiones en Chechenia, Georgia, Siria y Ucrania, hechas, al igual que las de Bush, en nombre de «la guerra en contra del terrorismo internacional». Para Trump y los suyos, el enemigo principal es China, y si bien Rusia no aparece como rival secundario, puede ser considerado como aliado íntimo de China.

Putin, por su parte, no se conforma con ese rol e intenta consolidar a Rusia como poderoso imperio militar, contando con la ayuda de China. Aparentemente Trump pareciera concordar con Putin, pero si nos detenemos a analizar el tema en términos de ganancias y pérdidas (que es lo que más gusta a Trump) Rusia es el imperio que más ha perdido en el nuevo periodo confrontacional.

A Ucrania, Putin no ha logrado más que arrancar un veinte por ciento de su territorio en cuatro años. A la vez, Rusia ha perdido de modo creciente su influencia en Europa Central y en el Oriente Medio ha perdido a Siria después de la revolución que pusiera fin a la dictadura de al-Assad. Ahora está a punto de perder a su mejor aliado estratégico militar después de China, el Irán de los Ayatolás.

Es cierto que la caja monetaria rusa aumenta con el disparo del precio del petróleo y con la ocupación iraní del estrecho de Ormuz, pero a Trump eso no parece importar en una estrategia medida a largo plazo. Incluso Trump se ve dispuesto a otorgar algunas compensaciones a Rusia, entre ellas, una derrota de Ucrania. Al fin y al cabo, como ha hecho decir a su vice Vance, «esa (la de Ucrania) no es nuestra guerra».

Con ello Trump y Vance quieren decir a Europa: «esa, la de Ucrania, es vuestra guerra». Poco tiempo después el ministro de guerra alemán Boris Pistorius,

contrataría a Vance. Cuando Trump pidiera ayuda a la OTAN para reabrir militarmente el estrecho de Ormuz, respondió: «esa (la de EEUU a Irán) no es nuestra guerra».

Aparte de la divertida controversia es imposible dejar de pensar que un mundo en el cual cada potencia tiene sus propias guerras, no es el más envidiable. Ante los ojos de la mayoría de los analistas internacionales, una prueba de la locura de Trump ha sido la de no nombrar los objetivos de la guerra a Irán, aparte de subordinarse a Netanyahu, quien jamás oculta su estrategia orientada a destruir a su peor enemigo en la región.

No obstante, aquí debemos pensar más detenidamente. Cuando se va a la guerra sin nombrar los objetivos no quiere decir que no existan objetivos, sino que esos objetivos no se pueden nombrar. Pero sí los podemos deducir. Esos objetivos están especificados precisamente en la ESN-25, y se trata, nada menos, que de «liberar» a Irán de la dependencia militar del imperio ruso y de la dependencia económica del imperio chino. Dos pájaros de un tiro.

A la dependencia militar de Irán con respecto a Rusia ya nos hemos referido. Con respecto a la dependencia económica de Irán a China no debemos olvidar que China es el mayor comprador de crudo iraní, absorbiendo cerca del 90% de sus exportaciones petroleras en 2024, lo que representa una fuente de energía barata para Beijing y un salvavidas económico para Irán.

Además, el llamado Acuerdo de 25 años, firmado en 2021, contempla inversiones chinas de hasta \$400.000 millones de dólares en sectores claves como petróleo, gas, petroquímica y transporte en Irán.

El rol de las potencias medias

En su agresión a Irán los EEUU no actúan solos. Al contrario. Se encuentra apoyado por las principales potencias medias del espacio petrolero-islámico. No solo es una guerra que EEUU libra junto a Israel sino también al lado del bloque sunita petrolero anti-Irán. En cierto modo esa es también una guerra inter-islámica donde una de las partes actúa junto con los EEUU.

Si se tienen en cuenta esos puntos podemos calificar a Trump de belicista, de cínico, de inmoral, todo lo que usted quiera. Pero de loco, no. Ha sabido al menos contraer alianzas estratégicas con las principales potencias intermedias del mundo islámico.

Entre ellas Egipto, Arabia Saudí, Qatar, los Emiratos, en contra de otra potencia media como es Irán.

Efectivamente, el mundo que vivimos soporta no solo a tres imperios que buscan la hegemonía mundial sino también a diferentes potencias medias con diversos problemas entre sí las que naturalmente buscan el apoyo militar o económico que, eventualmente pueda brindar a sus pretensiones, cada uno de los más grandes imperios.

Eso significa que las llamadas potencias medias, no son autónomas, pues casi todas están alineadas en torno a un gran imperio. En ese sentido no podemos compartir la utópica propuesta de Mark Carney, primer ministro de Canadá, cuando en Davos 2026 instó a las potencias medias (como Canadá, México y otras) a unirse y construir un nuevo orden internacional, argumentando que «si no estás en la mesa, estás en el menú».

Ante la ruptura del orden global y la rivalidad entre grandes potencias (EEUU/China), propuso Carney una alianza estratégica que defienda el comercio, la soberanía y los valores democráticos relativa a las que las potencias medias deberían unirse para formar una entidad común diferente a la de los tres imperios. Suena bonito, pero es imposible.

Más aún si consideramos que el triunfo de cada uno de esos imperios pasa por lograr la máxima adhesión de las potencias medias. La era de los «no alineados» que encabezaron figuras como Nasser, Nehru y Tito durante el siglo XX ha quedado muy atrás. Mucho menos interesa a los tres imperios ganar para sí a las naciones más pobres del mundo. Mao y Che Guevara están más que muertos.

A propósito: ¿Se ha dado cuenta alguien que, desde que Trump se embarcó en guerras, nadie habla del Sur Global y de los BRICS, instituciones creadas por China con el objetivo de agrupar en torno a sí a potencias medias y a países no alineados con EEUU? Ese es, definitivamente, un punto para Trump. Ni a Putin, ni a Xi ni a Trump interesa la adhesión de naciones misérrimas y de estados corruptos.

Trump, por ejemplo, fue cruelmente claro al referirse a Cuba: «es un estado fallido que no tiene petróleo, no tiene dinero, no tiene nada». Eso quiere decir que, si actualmente tortura a los cubanos con más hambre de la que desde hace decenios han padecido bajo el régimen castrista, no es porque quiera liberar a los cubanos del «comunismo» sino porque Cuba geográficamente ocupa un lugar

estratégico que no puede ser cedido ni a Rusia ni a China.

De la misma manera, si Venezuela no tuviera ese estratégico petróleo, Maduro estaría feliz en su casa, como lo está Ortega en Nicaragua. A Trump, fiel siempre a la ESN-25, interesa ejercer hegemonía entre «sus potencias medias» y así destruir las potencias medias fieles a China y Rusia. Nada más lógico de acuerdo a la lógica de la guerra, tan distinta a la de la paz.

Por eso está destruyendo a Irán, potencia media al servicio de Rusia y China; por eso alentó la revolución en Siria; por eso contrae relaciones amistosas con Arabia Saudita; por eso no quiere enojarse ni con Lula si este se somete a algunos de sus dictados; por eso busca la amistad con la India de Modi; por eso intenta apaciguar a Putin ofreciéndole Ucrania y algo más; por eso quisiera anexar a Canadá y no lo oculta: lo dice.

No lo vamos a poner en duda: Trump es un gran hijo de puta. Pero loco, no es.

¿Qué hacer con Europa?

Con respecto a esa potencia media llamada Europa, Trump no quiere entenderse con una UE, entidad, a su juicio, burocrática, lenta y pesada, como ha probado serlo durante la guerra de Rusia a Ucrania. Esa es la razón por la cual alienta a fuerzas disgregadoras, sea a gobernantes como Orbán y Fico, sea a movimientos antiliberales que pululan en cada nación europea.

Trump no quiere entenderse con una Europa unida, pero sí le interesa coordinar con subpotencias como Alemania, Francia, Inglaterra y Polonia. Así se explican los culebreos que han caracterizado sus conversaciones con Putin en torno al tema Ucrania. Con eso quiere decir a los europeos: «si quieren que apoye a Ucrania, deben ponerse incondicionalmente bajo mis órdenes. Pero si no lo hacen, no estoy obligado a hacerlo».

Quien entendió mejor que nadie ese mensaje fue Zelensky quien, cuando los países europeos se negaron a acudir en ayuda de los EEUU en Irán, ofreció sus drones a los EEUU para combatir contra la potencia media iraní. Naturalmente Trump no aceptó esa ayuda. Si lo hubiera hecho su guerra en Irán habría sido entendida como una prolongación de la guerra en Ucrania. Pero sí debe haber percibido el gesto simbólico del hábil Zelensky.

EEUU se está liberando de Europa y Europa se está emancipando de los EEUU, pero eso no significa, de acuerdo a la letra de la ESN-25, que EEUU desconozca el potencial económico, incluso político de Europa. Pero la Europa que necesita no es una Europa basada en reglas que ya no pertenecen a la realidad. Si este es el pensamiento de Trump (y parece que lo es) Trump dista de ser un loco.

Trump está actuando sin reglas en un mundo sin reglas. En cierto modo parece estar más adaptado a la realidad que los gobernantes de algunas naciones europeas. O quizás podríamos decirlo así: si como «propietario» de ese edificio llamado Hemisferio Occidental (así lo ve Trump de acuerdo a su visión inmobiliaria de la política) Trump considera que América Latina es su patio interno, también quisiera que Europa fuese su patio externo.

No obstante, Trump considera que muchos países europeos no reúnen esas condiciones. Para él, como para Putin, Europa es un continente en decadencia, incapaz de defender su bagaje cultural con la fuerza de las armas, impotente para desconocer a sus enemigos internos y externos, apegada a las reglas de una civilización que ya no existe.

El tiempo dirá si la evaluación de Trump es correcta o falsa. Lo único que se puede afirmar por el momento es que algunos gobiernos europeos, sobre todos los de los países bálticos, ya han entendido el nuevo desorden de cosas y han comenzado a armarse para resistir el embate de los nuevos tiempos. No se trata de defender un orden antiguo sino de situarse en el periodo turbulento que separa a un orden que ya se ha ido y otro que está lejos de aparecer.

Ese orden estará signado por múltiples guerras de representación. Si estamos o si estaremos en una Tercera Guerra Mundial no lo sabemos. Pero sí sabemos que el mundo ya está cruzado por conflictos y guerras fragmentadas de mediana y alta intensidad.

Las cartas sobre la mesa

Los EEUU ya han puesto con Trump las cartas sobre la mesa. Por de pronto, en su hemisferio no tolerará la presencia militar o política de China o Rusia. Las intervenciones directas de los EEUU en Venezuela y Cuba así lo prueban. Ambas naciones mantenían estrechas relaciones con las dictaduras de Rusia, de Irán y de China.

En ese punto hay que tener en cuenta que al gobierno de Trump tampoco interesa si un gobierno amigo sea democrático o autocrático. La lucha internacional para Trump no posee ningún carácter ideológico, lo ha dicho él mismo. EEUU no lucha ni por la libertad, ni por la democracia, ni en contra del comunismo, ni por la paz mundial.

Su lucha es por el poder mundial, y aunque eso parezca una locura, hay que saber entenderlo. EEUU al igual que Rusia y China, ha decidido practicar la política de la depredación. Michael Ignatieff ha escrito recientemente un artículo en donde intenta demostrar que el mundo se encuentra dominado por potencias depredadoras.

Así es. Pero ese mundo no lo creó Trump, ni Xi, ni siquiera Putin. Simplemente los tres grandes depredadores se han adaptado al mundo sin leyes ni reglas donde conviven y se repelen. Las instituciones y las constituciones no juegan ahí ningún rol internacional. ¿Llegará el momento en que tampoco jugarán un papel nacional? Eso ya ha pasado en China y en Rusia. En EEUU está a punto de pasar.

Cuando no rigen leyes hay que actuar como si las hubiera, escribió Kant. Le faltó agregar que, pero para que eso suceda se requiere de grandeza humana. Esa, claro está, no la van a tener nunca los tres miserables que están a punto de destruir el mundo. Ellos, por cierto, solo siguen la razón del poder.

Puede ser entonces que los locos no sean ellos, sino nosotros, los que queremos un mundo en paz, uno donde el derecho a la vida sea el principal de sus mandamientos. Por esa locura sí valdría la pena luchar. Pero ¿cómo y dónde? A esa pregunta ni el teléfono de Dios nos responde.

Referencias:

[Anne Applebaum - TODO MENOS TRUMP ENTIENDEN LO QUE HA HECHO](#)

[Michael Ignatieff - POTENCIAS HEGEMÓNICAS DEPRDADORAS](#)

Fernando Mires es (Prof. Dr.), Historiador y Cientista Político, Escritor, con incursiones en literatura, filosofía y fútbol. Fundador de la revista [POLIS](#).

[Fernando Mires|@FernandoMiresOI](#)

X: [@FernandoMiresOI](#)

[ver PDF](#)

Copied to clipboard